

do nuestro intérprete, el Sr. general Almonte, nos anunció de parte del comandante de la corbeta, *que podíamos continuar el viage.* Con algun antecedente de la consideracion de los bloqueadores, seguramente hubiera ahorrado ocho mil pesos que me costó el flete del vapor *Ara-be*, y las precauciones tomadas para entrar furtivamente á Veracruz, navegando en el vapor Paquete-ingles, que casualmente se encontraba en la bahía de la Habana con direccion al mismo puerto de Veracruz, y del que no me aproveché por considerarlo sin los privilegios é inmunidades de los de guerra.

Los Sres. Rejon, Basadre, Almonte y Bóves, todos mexicanos, me visitaban muy á menudo en la Habana, y ellos dirán, si observaron relaciones de mi parte con algun norte-americano. Una sola vez, despues de los sucesos de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero, estando en mi casa los tres primeros señores, se presentó el cónsul americano con un intérprete, llamándonos la atencion los fuertes golpes que dió á la puerta para anunciarse; y despues de los saludos de costumbre, sin embozo me dijo: *“que tenia encargo de indagar mi modo de pensar respecto de la guerra suscitada entre los Estados-Unidos y México, y que no siendo dudoso que me llamarian mis compatriotas, deseaba saber, qué partido tomaria al regresar á mi pais, y me suplicaba una franca explicacion.”* Sorprendido por tan inesperada visita, y mucho mas por su objeto, escusé toda respuesta por el intérprete del cónsul, y llamé al general Almonte, quien con los otros señores habia salido de la sala, para que la explicara, y aunque él cónsul resistia á esto, yo insistí en mi intento; contesté, pues: *“que habia sabido con sentimiento la desavenencia de las dos Repúblicas hermanas, y no era fácil prever las consecuencias una vez declarada la*

“guerra; que no tenia antecedente alguno del llamamiento de mis compatriotas; mas era fácil conocer cuál seria mi conducta si llegaba este caso.” A lo espuesto siguió el diálogo siguiente:

—*“¿Qué haria V., señor cónsul, en iguales circunstancias?”*

—*“Estaria con los míos.”*

—*“Esto es lo que á mí me corresponde.”*

—*“Bien, pero á nosotros nos toca evitar que V. nos haga la guerra, y podrá ser prisionero.”*

—*“¿Qué conseguirian vdes. con hacer prisionero á un soldado inválido?”*

—*“¡Ah! Sí, soldado inválido, pero de influencia en su pais, y nos haria mal.”*

—*“Dudo que de México se me llame; pero si tal honor se me hiciere, sostendré con lealtad la causa de mi patria, sea cual fuere el resultado de la lucha.”*

Otras palabras insignificantes de una y otra parte dieron término á esta entrevista. No volvió á verme el cónsul, é ignoro lo que escribiria á su gobierno.

Esta explicacion la someto enteramente á la excelente memoria y al honor del señor general Almonte.

El gobierno que hallé establecido á mi llegada á Veracruz, contaba muy pocos dias de existencia. *No habia un ejército organizado.* En la ciudad de Monterey se reunian los cuadros que quedaron de las jornadas de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero, y algunos cuerpos que del interior marchaban por disposicion suprema; siendo ésta toda la fuerza que se preparaba por el Norte á resistir al general Taylor, que avanzaba bien provisto sobre dicha ciudad. *No habia hacienda.* Las rentas públicas estaban obligadas á varios pagos, y el producto principal de las aduanas marítimas habia desaparecido

desde que comenzó el bloqueo de nuestros puertos: á los Estados se consignó la mayor parte de las rentas, para que atendieran á su administracion interior, señalándoles nada mas que el contingente que pagaban en tiempos normales, y de este modo quedaron bastante reducidos los recursos del gobierno general. Conocí desde luego, que sin hombres, materiales y dinero, la guerra no podia hacerse con buen éxito, y que iba á comprometer mi reputacion evidentemente; pero confiado en el movimiento que acababa de hacer la nacion, alentado por mi patriotismo, y esperando que mis compatriotas harian todos los esfuerzos que la situacion requeria, para auxiliarme en la grandiosa empresa de defender la independéncia, prescindí de toda consideracion, y marché á San Luis Potosí á organizar las fuerzas con que se debia contener al invasor, enorgullecido con sus recientes triunfos.

Antes de mi entrada á la capital, desde el pueblo de Ayotla quise dar una prueba mas de la sinceridad de mis intenciones, y que sin pretension alguna deseaba solo servir á la nacion en su conflicto: á este fin dirigí al gobierno el documento oficial, que circuló impreso, en que consta mi resolucion *de preferir la campaña al mando supremo que se me confiaba.*

En mi tránsito para San Luis Potosí tuve noticia, que la ciudad de Monterey habia caido en poder del enemigo, previa capitulacion, despues de una regular resistencia. Cuando esta desgracia ocurría, en la capital se miraba con asombro, que una corta brigada, dispuesta con mil afanes para reforzar al estenuado ejército del Norte, formara en la plaza principal tres dias consecutivos para emprender su salida, y volviera á sus cuarteles por falta de socorros, hasta que el señor ministro de hacienda, D. Antonio de Haro y Tamariz, bajo su responsabilidad par-

ticular consiguiera cincuenta mil pesos, indispensables para la marcha. ¡Triste principio de la campaña que iba á dirigir, y que á cualquiera hubiera desanimado!

Con la brigada indicada y los capitulados de Monterey, reuní una fuerza de seis mil hombres en mi cuartel general. A mis órdenes no se pusieron otros cuerpos organizados, porque no los habia. El Estado de Guanajuato concurrió en Diciembre de 1846 con cinco mil hombres, reclutas desarmados. El de Jalisco, con algunos cuerpos de Guardia Nacional, inexpertos y mal equipados, y con un buen número de reemplazos. El de San Luis Potosí, con su cupo de hombres. Uno ú otro Estado de los limítrofes auxilió asimismo con sus reemplazos; pero éstos, como todos los demas, llegaban en cuerdas, por ser tomados de leva, ó condenados á las armas por mala conducta: sus circunstancias, fisico y tallas no eran las que debian acompañar á los defensores de la nacion en momentos solemnes, ni las cualidades mas propias para la noble profesion á que se destinaban: la necesidad únicamente hizo incorporarlos en las filas del ejército, habiendo que comenzar por enseñarles desde el aseo de sus personas. Sin embargo, despues de dos meses de continuas tareas, logré revistar diez y ocho mil hombres equipados y armados, de cuya fuerza una tercera parte, nada mas, estaba apta para el servicio de campaña. El acopio de materiales de guerra y de vestuario, de caballos y monturas me costó inmenso trabajo en medio de la escasez de numerario. La eficaz cooperacion de los dignos generales y gefes que tuve el honor de mandar, y con gusto recuerdo, contribuyó demasiado al logro de mis deseos.

No puedo dispensarme de consignar aquí uno de los muchos hechos con que tuve que luchar para defender á

la nacion. El Estado de Zacatecas, siempre patriota y entusiasta, en este tiempo estaba dominado por enemigos pesonales, por aquellos individuos que fueron vencidos durante los disturbios del año de 1835. Su gobernador rehusó abiertamente ausiliar al gobierno general en la lucha con los americanos. Mas de veinte comunicaciones de oficio constan en el archivo de la seccion de operaciones del ministerio de la guerra, en las cuales, bajo diversos pretextos, con excusas triviales, rehusó cooperar á la defensa nacional. Siento que no ecsista el honrado general D. Isidro Reyes, para que él testificara que el gobernador del Estado de Zacatecas mas de una vez aseguró, *que queria mejor el triunfo de los invasores, la pérdida de la independencia, ántes que el del ejército y el de Santa-Anna.* Muchas personas son testigos de estas especies y de este proceder.

Semejante á este hecho, podria citar otros mil de varios funcionarios de la federacion (3).

Al congreso nacional constituyente elevé en aquel tiempo una esposicion respetuosa y circunstanciada, relativa á mi situacion, á fin de escitarlo á que acordara recursos con la premura que las circunstancias demandaban: á la vez protesté *no ser responsable de las desgracias que preveía, si se me colocaba en la situacion de no poder obrar como lo reclamaban los mas grandes intereses nacionales.*

En un manifiesto que publiqué á consecuencia de las diatribas y calumnias de algunos periodistas de la capital contra el ejército y mi persona, ademas de reproducir cuanto habia espuesto al gobierno y al congreso, demostré con difusion, *que sin los elementos que el arte enseña y la guerra requiere, no era posible alcanzar victorias contra ejércitos espertos y bien provistos.*

En el ministerio de la guerra han de ecsistir diferentes notas oficiales, en que pedí al supremo gobierno mandase proveer de caudales con oportunidad á la tesorería del ejército: en ellas se verá, que nada dejé por observarle respecto de las malas consecuencias de la campaña, si dejaba de atenderse á esta urgente necesidad.

Tantos documentos suministran pruebas inequívocas de mi celo por el mejor servicio de la República, y no comprendo cómo aquellos sean ignorados de mi acusador.

Aumentábase el ejército de mi mando, y á proporcion los gastos y las necesidades, pero de tal modo éstas, que los gefes de cuerpos contrajeron empeños privados muchos dias, para poder proporcionar el rancho á la tropa. Los ausilios parciales, que se recibian del gobierno general y los muy mezquinos de algun Estado, se empleaban en pagar las deudas anteriores, y quedábamos en la misma situacion. Las escaseces llegaron á su colmo en mes y medio que la tesorería general nada remitió á la del ejército. ¡Triste periodo, que el comisario bien podrá esplicar!

En tal estado de cosas, los periódicos de oposicion de la capital no cesaban de mortificarnos: decian entre otras especies, *que acantonado el ejército en San Luis Potosí, amagaba á la libertad mas que al enemigo, y para deshacer desconfianzas, y no gastar en vicios el dinero, debia salir cuanto ántes á la campaña.* Agregábanse á estos insultos, las voces esparcidas con astucia para que se desconfiara de mi lealtad. El gobierno, cuando yo no estaba en el poder, se vió obligado á espedir una circular por el ministerio de relaciones, para evitar los males de esas especies injustas y ofensivas (4). Así comenzaron mis enemigos y los del ejército á debilitar la opinion que hasta entónces se habia presentado favorable. Este mal se

aerecentó con las necesidades que sufrían todas las clases del ejército, y comenzó á espermentarse en la tropa una desercion escandalosa, cuyo término debia ser funesto; y no presentándose otro medio de evitarla, que poner en actividad al soldado, oí las opiniones de los gefes principales, y resolví abrir la campaña sin esperar á la primavera, como habia calculado: consideramos, que valia mas perecer combatiendo, que hacer pasar á la nacion por el oprobio de que quedase sin defensores. A estas consideraciones agrégase la esperanza de que, con un movimiento rápido, podiamos sorprender al general Taylor en sus posiciones, hacernos de sus recursos, libertar á los Estados que dominaba, y continuar la guerra sin estar dependiendo esclusivamente de los ausilios ineficaces del gobierno.

El ejército americano, á las órdenes del general Taylor, se encontraba situado en la hacienda de Agua-Nueva, ranchos de la Vaquería y ciudad del Saltillo, distante cinco leguas un punto de otro, y entregado á la confianza, juzgando á los mexicanos acobardados á consecuencia de sus reveses, é imposibilitados de atravesar el gran desierto que mediaba de sus campamentos á nuestro cuartel general. Lo observaba desde la hacienda del Potosí una fuerte brigada de caballería de línea, al mando del Sr. general D. José Vicente Miñon, quien habia logrado hacerle algunos prisioneros. Por este motivo las descubiertas de aquel no se alejaban de sus campos, y con la falta de habitantes les era difícil adquirir noticia de mi aprosimacion. Sobre tales datos formé el plan de sorprenderlo y batirlo en detall.

Organicé en divisiones 18183 hombres de todas armas, de los mas espertos; hice alistar una batería de catorce

piezas, y dispuse la marcha de esta fuerza. Para realizarla, ocupé las barras de plata de particulares existentes en la casa de moneda, con hipoteca de todos mis bienes si el gobierno no cubria su importe, é ingresé en la misma tesorería del ejército cuarenta y un mil pesos de mi pertenencia, *que se me deben, donando en favor de la hacienda pública el costo de situacion.* Estos caudales apenas bastaron para once dias de socorro; y así salimos al desierto, acosados por las circunstancias relacionadas. En la marcha sufrimos un horrible temporal, que costó la vida de algunos soldados, poco provistos para resistir á las nevadas, aumentando luego nuestras desgracias la disenteria, y cuando despues de tantas penalidades iba á lograrse el golpe meditado, nuevos contratiempos vinieron á frustrarlo.

Pasado el puerto del Carnero, una division de infantería y otra de caballería con cuatro piezas ligeras, debian separarse por nuestra izquierda y en direccion al rancho de la Vaquería; pero tuve noticia *que la fuerza enemiga habia desocupado este punto el dia anterior,* y omití el movimiento.

Consideraba al general Miñon en el parage de Buena Vista en cumplimiento de mis prevenciones, y al ejército enemigo en la hacienda de Agua Nueva, para donde caminábamos reunidos, y abrevié en lo posible la marcha. Al descender á la llanura en que se encuentra situada esta finca, mis exploradores me participaron *“que se habia tambien desocupada, é incendiada desde el dia anterior, y que acababan de ver subir los últimos carros del enemigo.”* Me propuse alcanzar á éste, pensando que se dirigia á la ciudad del Saltillo, y adelanté al regimiento de Húsares, y tras éste una brigada para apre-

hender aquellos carros. Confiaba para el logro de mi primer intento, en que el general Miñon, si no podia disputar el paso al ejército enemigo, lo entretendria; pero esto no se consiguió, porque al aprocsimarse á Buena Vista, supo, segun esplica en su parte posterior, que el general Taylor concentraba allí sus fuerzas.

Avisando el coronel de Húsares que teniamos el enemigo á la vista, me adelanté á reconocerlo, y entónces me cercioré que el ejército americano reunido nos esperaba en formidables posiciones en el paso nombrado de la Angostura, teniendo en su retaguardia á Buena Vista.

Con tal encuentro, no me quedaba otro recurso, que empeñar una accion, porque retirarnos sin combatir, habria sido una derrota para las armas nacionales: diferir el ataque y emprender estratégicos movimientos, nos hubiera hecho morir de hambre ó padecer mucho en un terreno desprovisto, cuando nuestros víveres de reserva se hallaban en aquel dia á mas de veinte leguas. En Agua Nueva se presentó, es verdad, D. Nicolas del Moral con arroz, galleta, café, azúcar y piloncillo, y siendo de su propiedad estos efectos, le fueron comprados al instante; pero la poquedad de ellos hizo ineficaz este auxilio. Contra lo que el Sr. Gamboa dice respecto de la existencia de recursos, refiriéndose á lo que otros han asegurado, puedo presentar el dicho del ejército, que sufrió las necesidades, y la acta impresa, levantada en Agua Nueva por la junta de generales, despues de dia y medio de combate, al deliberar sobre las subsecuentes operaciones (5).

En mis partes oficiales consta, cómo un coracero de nuestro ejército, desertado de la hacienda de la Encarnacion, dió aviso al general enemigo de mi aprocsimacion, porque le permitiera pasar á la ciudad del Saltillo de don-

de era natural, y que tan fatal accidente frustró mi combinacion, y salvó al ejército invasor, pues que ninguna noticia tenia de mi movimiento. Aquí llamo la atencion sobre el dolo y mala fe de mis perseguidores, que sabiendo lo que causó la concentracion precipitada del ejército americano en Buena Vista, dan á entender *que eso fué un portento inesplicable*, para infundir sospechas entre los ménos avisados, sin producir una sola queja contra el malvado que tanto mal hizo á su patria.

Ya he manifestado mi situacion al encontrarme con el ejército enemigo, y que me ví comprometido á atacarlo en las posiciones á toda costa, si no queria ser destruido de otra manera. La mortandad que sufrió, y que lo dejó inutilizado para moverse en mucho tiempo, las posiciones de que fué desalojado y los trofeos que perdió en esa reñida batalla, harán siempre honor al ejército mexicano; y ya que aquellos para quienes se adquirió esa gloria quieren deslucir el mérito contraido en los campos de la Angostura, déjese á la posteridad que haga justicia, porque dia ha de llegar que con admiracion se contemple esta época de desventura, en que los defensores de México merecian por sus esfuerzos encomios de sus enemigos, á la vez que sus compatriotas los escarnecian é insultaban (6).

Para fallar con acierto sobre esta materia, no basta que se hayan leído los hechos de los grandes capitanes; se necesita saber por principios teóricos y prácticos la difícil ciencia de la guerra; por esto es que sorprende la facilidad con que el Sr. Gamboa y otros muchos escritores de folletos deciden en tono magistral, despues de los sucesos, que tal accion de guerra fué mal dirigida; que debió hacerse esto ó aquello, fácil y sencillo desde sus gabinetes, y que porque así no se ha verificado, concluyen

con tratar de *traidor, inepto ó cobarde* al general que ha tenido la desgracia de esponerse á la crítica de tales jueces. Pero no es tan solo una calificación aventurada la que en ellos se nota, la calumnia también y el designio con que la inventan. ¿Desconocen acaso la clase de elementos con que me ví precisado á combatir, y las ventajas de los contrarios? El sentido comun ó una sana intención bastaria para confesar llanamente, que á lo ménos llené mi deber en medio de dificultades tantas, y agravadas con la escandalosa rebelion aparecida en la capital de la República para volcar la autoridad suprema, y hundirnos en la anarquía. Todavía puedo decir mas: que el triunfo de la Angostura habria sido completo, si durante la accion no se desertan mas de cuatro mil hombres de esos *forzados* de que he hecho mencion, que con pretesto de buscar agua, cargar heridos &c., y á favor de la escabrosidad del terreno, fueron desapareciendo sin poderse evitar, cuya ocurrencia, por deshónrosa al pais, quise ocultar á los estraños en aciagos momentos. Espero, sin embargo, que venga tiempo en que consideradas las circunstancias de que me he visto rodeado, si no se me concede alguna gloria por aquella batalla, no dará materia para que se me reproche y sea uno de los puntos de que pueda acusárseme.

No debo terminar este punto, sin reclamar otra calumnia que se ha propagado contra mí, no ménos injuriosa que las anteriores, á saber: *la del abandono en que quedaron muchos heridos, confiados á la clemencia de los invasores, no obstante sus súplicas, que traspasaban los corazones del mas agudo dolor.* Falso, falsísimo es que haya habido ese decantado abandono de mi parte. Al levantar el campo de la Angostura, ordené, y con repeti-

cion recomendé, la conduccion de todos los heridos: á mi llegada á la hacienda de Agua Nueva dispuse el establecimiento de un hospital de sangre para aquellos que no pudieran moverse á la hora de la marcha sin riesgo de sus vidas: la traslacion de los demas se verificó al mismo tiempo que la retirada del ejército, empleando en esta operacion una parte considerable de la fuerza que me quedaba. Si uno ú otro herido abandonado quedó en el campo de batalla, seria porque no pudo acertarse con el lugar en que se hallaba en un terreno sumamente quebrado. El hospital de Agua Nueva quedó establecido en términos que fuera respetado por el enemigo, conforme al derecho público de guerra, adoptado entre las naciones civilizadas; y si por esto se quiere decir que nuestros heridos fueron confiados á la clemencia de los invasores, no disputaré sobre los nombres con tal que se respete la verdad.

Ni conocimientos de las localidades, ni los mas interesantes todavía de las circunstancias en que nos hemos hallado, ha manifestado el Sr. Gamboa al culparme del abandono en que dice dejé á Tampico y los pasos de la Sierra por donde el enemigo se dirigió á la capital de Tamaulipas, de suerte que por solo hacinar cargos, ha podido tocar esa materia. Debió saber ántes de criticar mi conducta militar, que nunca es prudente diseminar un ejército en una inmensa estension de territorio, y con mas razon cuando se compone de hombres inmorales y *forzados*, que acechan la mejor ocasion para desertarse, llevándose las armas, como sucedió en la Angostura; porque el general que lo haga, se espone á ser batido en detail por un enemigo diestro: que San Luis Potosí dista de Tampico mas de ciento setenta leguas de malísimo camino, y mediando grandes distancias á los pasos de la

Sierra, no hubiera sido posible cubrir debidamente con las fuerzas que organizaba, tantos y tan lejanos puntos, ademas de las del camino del Saltillo, que demandaban toda atencion; y por último, debió saber: que en ese tiempo, no solo me rodeaban las dificultades insinuadas, sino que tenia que sofocar los síntomas de revolucion que comenzaban á manifestarse en el ejército, por las maniobras de los revolucionarios de México, cuyos afectos pude frustrar con oportunas providencias contra los que intentaban propagar la asociacion que se estaba formando en San Luis bajo el nombre del *Cometa Rojo*. ¿Y qué excusa podria yo dar, si contra las reglas del arte y con soldados improvisados de la clase indicada, pretendo defender todos los pasos de la Sierra, y por esto hubiera resultado una derrota, la dispersion de aquel ejército ó algun trasorno en el órden interior? Esto convencerá á los mas renuentes, de que si no se ha hecho todo lo que ha querido mi acusador, no ha dependido de mí, sino de los pocos recursos de que he podido disponer para dar lleno á las vastas atenciones de la guerra, y á las que en el interior hacian nacer los que han trabajado tanto desde 1844 para la ruina de la República.

Con respecto á la desocupacion de Tampico, desearia que el Sr. Gamboa estuviera tambien mejor impuesto de las causas que la determinaron, para que no se espusiera á que se juzgue mal de sus intenciones, ó se crea que habla de memoria. ¿Sabe que en esa plaza la guarnicion no escedia de ochocientos hombres, y que de éstos se hallaban muchos enfermos? ¿Sabe que no ecsistian elementos ni para una regular defensa, y que con este conocimiento precisar á pelear á una débil guarnicion, contra un poderoso enemigo, ademas de impericia seria

inhumano? ¿Sabe que aquella sufrida guarnicion se encontraba casi abandonada del gobierno mucho ántes de mi llegada á San Luis Potosí, y que sin dinero y sin almacenes, con el puerto bloqueado, no podia subsistir? ¿Sabe el estado que guardaban las fortificaciones de la plaza, y los preparativos de los invasores para atacarla por mar y tierra? ¿Y sabe, en fin, que era materialmente imposible ausiliarla del cuartel general con cuanto sus necesidades demandaban, por la inmensa distancia que mediaba, por los fatales caminos, y sobre todo, porque se *carecia de dinero*, de provisiones de boca y guerra, y de tropas espertas y aun de tiempo, pues era seguro que ántes del auxilio, el enemigo tomara posesion de la plaza con sacrificio de la guarnicion? Creo que todo esto estaria oculto á la penetracion de mi acusador, porque á saberlo, habria tenido que convenir en que la desocupacion de Tampico fué una necesidad indispensable, una medida oportunamente dictada, que salvó la guarnicion y los materiales que ecsistian, á la vez que privó á los americanos de ostentar otro triunfo, segun está comprobado con los sucesos posteriores. ¿Podrá juzgarse racionalmente, que Tampico con sus miserables elementos podia sostenerse contra los ataques de los invasores, cuando se ha visto que las importantes plazas de Ulúa y Veracruz, perfectamente artilladas, con provisiones y guarniciones mas respetables sucumbieron en pocos dias? (7) Ahora, si el general Parródi cometió algunas faltas al verificar la desocupacion de Tampico, sobre ellas se formó la correspondiente sumaria, y en vista de no haber resultado ningun grave cargo que hacerle, porque hizo constar el estado de inutilidad en que se hallaba el armamento que arrojó al rio, y que no tuvo medios para trasportarlo, dispuse que se sobreyera en ella, sin perjuicio de lo qu

tuviera á bien resolver el supremo gobierno, y que marchara á la campaña segun lo pedia.

Preocupado el Sr. Gamboa con la opinion que de mí tiene formada, ve todas las cosas por el prisma que él mismo ha inventado, y sin hacerse cargo de las causas que me impulsaron á salir de San Luis Potosí, se le ha hecho *sospechoso* que yo hubiera emprendido ese movimiento casi al mismo tiempo que el general Scott desembarcaba en la costa de Veracruz, por lo cual ahora es de parecer *que yo debí dejar abandonado el Norte, aunque el general Taylor avanzara por aquella parte, y marchar con el ejército, atravesando la República, para oponerme al nuevo general, que nos invadia por el Oriente.* Solo el que no tenga ni un ápice de juicio, puede proponer ese proyecto, que si yo hubiera puesto en obra, sin previas órdenes del supremo gobierno, me habria hecho responsable de los malos resultados que hubiera producido, y entónces se habria dado motivo á las calificaciones deshonrosas que despues se me han prodigado. Primeramente, es necesario recordar, que yo fuí nombrado general en jefe del ejército del Norte, y no generalísimo, para que hubiera podido disponer de todas las fuerzas de la República, y organizado la defensa de una á otra de sus estremidades. En segundo lugar, no es esacto que el general Scott se presentara en Veracruz cuando yo marché á la Angostura, y mas bien la noticia que entónces corria, era *que se pensaba hacer en Tampico una reunion considerable de fuerzas, para dirigirse á San Luis Potosí, y ocupada esta ciudad, seguir á la capital.* Y últimamente, ¿quién podia ecsigirme, con razon, que estuviera presente por cualquier extremo que apareciese el enemigo? ¿Un ejército solo con la fuerza del de mi mando, y mal provisto, pudiera acaso defender un

pais tan estenso? ¿No estaban ya dadas las disposiciones necesarias para la defensa de Veracruz? ¿No dispuso el gobierno que se reuniera en Jalapa, ó el Puente Nacional, una division que protejiese aquella plaza? ¿No es cierto que la asonada de México frustró esa determinacion? Hechos son éstos que han pasado á la vista de todos, y nadie habrá que tenga la temeridad de negarlos. ¿Luego por qué se me imputan los delitos ajenos, y se quiere que yo atendiera á los errores que se cometian á mas de doscientas leguas de distancia del punto de mi residencia? Y con todo, aunque á esto no me hallaba obligado de ninguna manera, cuando supe la revolucion de la capital, y fuí escitado por la mayoría del congreso general, me puse en marcha con toda violencia, é hice á la nacion el servicio de aquietar á los partidos que en aquellos críticos momentos se batian con las armas desesperadamente, presentando al mundo ese escándalo mas. Restablecida apenas la calma, ocurrió la pérdida de las primeras plazas de la República, quedando por el Oriente abiertas las puertas á los americanos. Volé entónces al Estado de Veracruz, con la esperanza de reunir fuerzas en el camino, y disputar el paso al general Scott hasta donde me fuera posible, quien engreido con su triunfo, se preparaba á internarse. Para esta empresa *el gobierno nada tenia preparado*, y no era fácil improvisarla faltando los materiales; pero animado del celo con que he procurado servir á mi patria en cualquiera circunstancia, no dudé en pelear con tantas desventajas. Por el Norte poco habia entónces que temer, por haber inutilizado el general Taylor para moverse.

Visto ya todo lo relativo á mi residencia en San Luis Potosí, y á la batalla de la Angostura, con todos los pormenores que se le han agregado, me ocuparé ahora de la

accion de Cerro-Gordo, cuya pérdida ha ecsagerado el Sr. Gamboa, por no tomarse el trabajo de indagar cuáles fueron las causas positivas que dieron ese resultado, ni hacer caso de los partes oficiales que las esplican.

Un punto ventajoso por la naturaleza necesita de la ayuda del arte para ser verdaderamente fuerte; y aun así es inútil, si sus defensores carecen de inteligencia, valor y decision. El de Cerro-Gordo se encontraba abandonado y cubierto de maleza, al presentarme para preparar su defensa: carecia de agua, y dispuse luego llevarla del Encero por una cañería de tres leguas, segun se efectuó. Ni peones ni herramientas habia, y providencié que de mi hacienda y pueblos inmediatos se atendiera á esta necesidad como se pudiera. Escaseaba el dinero, y establecí una proveduría, dando mi responsiva á D. Bernardo Sáyago, comerciante de Jalapa, por los efectos que remitiera. Faltaban carnes, y doné mis ganados, que conducian mis propios sirvientes. Todo procuré allanarlo, todo lo puse en movimiento, nada omití al intento de contener al invasor y castigar su osadía; mas sabedor seguramente de mis esfuerzos é intenciones, se apresuró á interrumpir mis trabajos á los diez dias de comenzados. Quedaron por esto las obras incompletas, el terreno sin despejar, y accesibles al asalto las posiciones, adonde aquel debió encontrar obstáculos, resistencia y la muerte. Quince dias mas habrian bastado para mi intento. Digan los que presenciaron mis disposiciones y mis afanes, y los que vieron los trabajos ejecutados, si con los elementos de que pude disponer, cabia en la posibilidad humana hacer más. ¿Puede culpárseme, con algun viso de razon, porque el tiempo angustiado no me permitiera proveer á todas las necesidades de Cerro-Gordo? Si mi acusador se limitara á

calificar mi intentona de imprudente ó temeraria, á decir que el deseo de gloria ó un celo ecsaltado me habia inducido á tal empresa, yo callaria; pero no: se empeña en persuadir que son mias las faltas de los funcionarios que descuidaron la fortificacion en tiempo oportuno de una garganta tan importante, para amontonar cargos sobre mí, que el honor y la inocencia rechazan. No he solicitado encomios, ni los espero en esta infeliz época, por un servicio que quise prestar de buena voluntad á la patria en su mayor conflicto; mas tampoco toleraré impasible que él sirva de pretesto al encono, para degradantes é injustas inculpaciones.

Las fuerzas que logré reunir y emplear en la defensa improvisada de Cerro-Gordo, no pasaron de seis mil infantes, y de mil y quinientos caballos. En los primeros incluyo los batallones 3.º, 4.º y 11.º de línea, y el 1.º, 2.º, 3.º y 4.º ligeros, procedentes de la Angostura: una mitad de los infantes pertenecia á la Guardia Nacional de los Estados de Veracruz y Puebla y del Distrito de México: éstos carecian de instruccion, de buenas armas y de equipo. No comprendo en el número total los mil hombres que de la ciudad de Puebla llevó á sus órdenes el general D. Manuel Arteaga, porque se incorporaron en los momentos de decidirse la accion, y puede asegurarse que no tomaron parte en ella.

Compárense ahora mis elementos con los del general Scott, y dígase francamente por quién estaban todas las ventajas. Yo ocupaba varias alturas, fortificadas malamente unas, sin fortificar otras que defendian veteranos estropeados, rendidos de cansancio por haber caminado trescientas leguas, y milicianos que dejaron los talleres, el arado y la lanzadera para tomar las armas. Mis cañones se encontraban mal dotados, y parte de ellos sin